

EL EXILIO ARQUITECTÓNICO EN EL ESTE DE EUROPA

CARLOS SAMBRICIO

Al drama del exilio, al abandono de las raíces y pérdida de referencias, en ocasiones hubo que añadir la marginación –por fanatismo ideológico– de los propios. De los arquitectos que partieron al exilio un pequeño grupo (Sert, Domínguez, Bergamín, Lacasa o Sánchez Arcas) tenían un más que reconocido prestigio y dos de ellos, Lacasa y Sánchez Arcas, optaron por marchar a la Europa del Este, coherentes con su visión del mundo: lo que jamás pudieron sospechar fue la realidad que allí vivirían ni el vacío profesional que padecerían, vacío que rompería lo que hasta el momento había sido su carrera. Si muchos de los arquitectos refugiados recalaron en países latinoamericanos con mayor o menor fortuna, sólo los dos citados obtuvieron permiso para viajar a URSS, y no sólo por pertenecer ambos al Partido Comunista sino, y sobre todo, por haber desarrollado durante la larga década de los 30 una política de acercamiento hacia aquel país. Por ello, quizá conviniera dar un paso atrás y entender cuáles habían sido –en un primer momento– sus actividades y luego –en Guerra– cuáles los compromisos políticos que asumieran ambos arquitectos.

Pese a que a menudo se ha identificado la actividad del uno con la desarrollada por el otro, entendiéndose que su trabajo profesional fue reflejo de una continuada e ininterrumpida colaboración profesional, la realidad fue distinta. La formación (y actividad) de ambos difería de manera clara: Lacasa se había formado en Alemania, permaneciendo un año en Dresde y asistiendo luego –durante un semestre– a los cursos que Theodor Fischer impartiera en Múnich; Sánchez Arcas, por el contrario, tuvo formación anglosajona viajando tras titularse primero a Inglaterra (formándose en la línea de reflexión urbana que auspiciara Abercrombie) tras lo que marcharía a Holanda, estudiando en Ámsterdam y Rotterdam la arquitectura social que en aquellos momentos se desarrollaba. Ciertamente conjuntamente proyectaron el hospital de Toledo y que en 1927 formaron equipo presentándose al concurso convocado por la Junta de Ampliación de Estudios para construir el edificio –costeado por la fundación Rockefeller– para Instituto de Física (el llamado edificio Rocasolano) si bien, como el propio Lacasa reconociera en sus *Memorias* “... hicimos el proyecto

*juntos y empecé con él a dirigir la obra. Es mala combinación la de dos directores de obra simultáneos en el mismo plano; terminé dejando de dirigir yo, por propia iniciativa mía*¹.

Metódico el primero y bohemio el segundo, participarían –no ya como equipo, sino cada uno con responsabilidad propia– en el proyecto para la Ciudad Universitaria de Madrid, asumiendo el uno del proyecto de Hospital Clínico así como en la Central Térmica y el otro trazando los Campos de Deportes y residencias de estudiantes, tras lo cual cada uno tomaría direcciones diferentes. Lacasa partía –en 1932– a París, viviendo durante varios meses, como él mismo reconociera, un tiempo de bohemia donde –consecuencia de sus lecturas profesionales y de su interés por el “americanismo”– solicitaba en la Embajada EE UU visado con intención de emigrar a aquel país. Denegado por razones administrativas, a su vuelta centraría su interés tanto en la técnica estadounidense como en los planes quinquenales (“... leí el Plan Quinquenal, de Grinko”²) que se desarrollaban en la Unión Soviética señalando en este sentido, en el trabajo que publicó sobre “Europa y América: bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura” cómo “... la arquitectura norteamericana, de poderosa y serena técnica y en donde la estética es un accesorio, aunque importante añadiendo poco más adelante... en los últimos diez años se ha visto progresar la estética de los norteamericanos de manera sorprendente; van poco a poco desprendiéndose de elementos superfluos, aquilatando sus interpretaciones de los estilos históricos; en una palabra, caminan hacia la perfección. Pudiéramos resumir su movimiento diciendo que llegan a la estética a través de la técnica”³.

Indiferente (o desconocedor) de las opiniones que Maiakovski expresara en 1925 sobre Estados Unidos y próximo a cuanto había reflejado Mendelsohn en la conferencia sobre “Rusia Europa América” dictada en la madrileña Residencia de Estudiantes, la admiración de Lacasa por la técnica (por proyectar, como hicieran junto con Sánchez Arcas, en el Rocasolano, no dejándose llevar por la forma) le llevaría tanto a interesarse por lo que entonces se denominaría “el americanismo” como a valorar la planificación en Rusia; y su interés por lo que fuera el Primer Plan Quinquenal soviético le conduciría no ya al mito romántico de la Revolución sino a valorar los proyectos arquitectónicos y urbanísticos desarrollados por el GOSPLAN, organismo encargado de establecer las directrices generales para el desarrollo económico de la Unión Soviética y uno de cuyos resultados posibilitaría la industrialización de la vivienda y la experiencia de la célula “F” de Ginzburg. Por esta razón el mismo Lacasa que muy poco antes había solici-

¹ Luis Lacasa. *Memorias. Sobre esto y aquello* (Recapitulaciones, observaciones e impresiones; para uso particular de Jorge). Inéditas.

² Se refería a Grigori Fiodorovich Grinko, *El Plan Quinquenal de los Soviets*, Madrid: Editorial Cenit, 1930.

³ Luis Lacasa, “Le Corbusier, o Américo Vespucio”, en *El Sol*, 26 julio 1928, p.8. Igualmente, en “Europa y América: bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura” (*Arquitectura*, enero 1929), comentaría: “Creo que la principal virtud de los americanos (heredada de los ingleses) es la de tener un claro sentido de los valores prácticos, no en el sentido ramplón y burgués que en España se da a esta palabra, sino en su sentido transcendente, es decir, práctico, en armonía con la realidad y libre de prejuicios y de dogmas. (...) la evolución de la estética de la arquitectura norteamericana es una carrera triunfal; camina, o mejor dicho, corre hacia su plenitud, y en muy pocos años, después de haberse echado encima el pesado ropaje de los estilos históricos, empieza a desprenderse de él, simplificando, aquilatando y, sobre todo –y esto es lo más importante–, cada vez sale más a la superficie la vitalidad orgánica de la arquitectura americana. Por allí vendrá, a mi juicio, el nuevo racionalismo, el racionalismo antiintelectual y antidogmático”.

tado visado en la Embajada EE UU de París, demostraría su interés por visitar la Rusia de los Soviet.

Conocedor de cómo en 1931 se había constituido en Madrid el Comité Hispano-Eslavo, organismo científico-cultural que pretendía dar un primer impulso al estudio de la rusística, en el mismo –presidido por Menéndez Pidal y en cuya Junta Directiva figuraban Altamira, Navarro Tomás, Azorín, Negrín Marañón, Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, Díaz Canedo, Sánchez Albornoz y Rivas Cheriff– no solo figuraban intelectuales de “izquierdas” (Wenceslao Roces, Lorca, Alberti, Arderius, Nelken, León, Tapia, Pla y Beltrán, Piñole...) sino también intelectuales de derechas, entre los que cabría destacar a Concha Espina, Pío Baroja, Diego Hidalgo, Manuel Machado o Regino Sainz de la Maza quien al poco figuraría también en la Junta Directiva de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética (AUS) fundada en Madrid en 1933. Lacasa llegaba a la política de manera coherente, desde su preocupación por lo que debía ser la arquitectura y la construcción de la ciudad: y buscando sustituir la actuaciones individuales (el americanismo era opción asumible por quienes se interesaran por su aplicación) por una política de Estado capaz de estudiar, proyectar y planificar el crecimiento económico, radicalizó su posición al reconocer como –a finales de los veinte– “... consecuencia de aquel estado general es que, poco antes de que cayera la monarquía, nos encontramos en Madrid... varios representantes de las profesiones liberales, que estábamos más o menos en el mismo grado de madurez de la conciencia política y con el mismo deseo de hacer algo. (...) Nos reunimos varias veces y (...) llegamos a constituir lo que llamamos Grupo de Intelectuales de Acción Revolucionaria (GIAR) con el que pensábamos aportar nuestro grano de arena en el campo de batalla de la política española que de día en día estaba más efervescente”⁴.

Bizcarrondo y Elorza estudiaron en su día lo que –a lo largo de los treinta– denominaron “el sueño de la URSS”: como sucediera en otros países europeos, primero la Revolución de Octubre y luego las reformas económicas (de la polémica sobre la NEP, difundiendo las opiniones de Bujarin y las de Preobrazhensky, o sobre el posterior Primer Plan Quinquenal) tuvieron difusión en España impactando pronto en el ambiente cultural. Si Arconada, junto con Rafael Alberti y María Teresa León fundaban en mayo de 1933 la revista *Octubre* –en cuyo número inicial se reclamaba su pretensión de “... no ser revista minoritaria de un grupo sino (...) la revista de todos los escritores y artistas revolucionarios que quieran colaborar en ella”– revista similar a *Nueva Cultura* del grupo comunista valenciano que encabezara Renau, Lacasa participó en la configuración

⁴ El objetivo de AUS era difundir el ideal de URSS, entendida esta tanto como faro de la humanidad como de defensora de la causa antifascista. Entre los miembros fundadores de AUS estaban arquitectos de perfil tan diferente como Anibal Álvarez Bonquel, Luis Blanco Soler, Santiago Esteban de la Mora, Fernando García Mercadal, Luis Lacasa Navarro, Manuel Rodríguez Suárez, Joaquín Lino Vaamonte y Secundino Zuazo.

5 La conferencia de Mendelsohn en la Residencia de Estudiantes (“Rusia-Europa-América”, en *Boletín Sociedad Central de Arquitectos*, nº304, 30 noviembre 1929, p.16, así como en *Arquitectura*, nº127, 1929, p.437, y en *La Construcción Moderna*, t.27, 1929, p.348) tuvo un más que singular reflejo, publicando la prensa especializada (al margen de la prensa política o cultural) en la década de los treinta numerosos testimonios de cuanto sucedía en URSS. De los muchos artículos aparecidos destaco –por temas– los que entiendo más significativos: sobre viajes, ver Eugenio Ribera, “Impresiones de un turista en Rusia” (*Revista de Obras Públicas*, 1929, p.32), así como César Cort, “Viaje a Rusia de César Cort” (*La Construcción Moderna*, nº163, 30 agosto 1932, p.191, así como ABC, 9 diciembre 1932, p.38), y Manuel Chumillas, “Arquitectura rusa. Evolución desde el comunismo con el surgimiento de nuevas necesidades” (*Obras*, 1932, pp.227-236). Sobre la vivienda y los problemas de alojamiento, ver *Boletín Sociedad Central de Arquitectos*, nº271, 15 abril 1928, p.15; AC, nº2, 1931, p.32, y, más tarde, en la misma revista de GATEPAC, AC, nº17, pp.29-34, y el artículo de Louis Bertrand, “El problema de los alojamientos en el país de los soviets”, aparecido en la revista del grupo municipalista madrileño del PSOE *Tiempos nuevos*, nº32, 1935, pp.42-43. Sobre el Plan Quinquenal y la arquitectura, ver los cuatro artículos aparecidos en *Revista de Obras Públicas*, 1931, pp.74, 81, 101 y 125; sobre urbanismo, tanto los tres artículos de Ernst May aparecidos en la canaria *Gaceta de Arte* (nº4, 1 mayo 1932, p.3), como en *Arquitectura y construcción* (nº5, 1932, pp.43-45), o en la revista de GATEPAC, AC (nº4, pp.32-34, y nº5, pp.43-44). Asimismo, ver Emili Saleta, “La transformació de Moscú en ciutat moderna”, en *Catalunya municipal*, 1933, nº3, pp.12-13; García Cortés. “El urbanismo en Rusia”, en *El Sol*, 9 febrero 1934, p.4; “La ciudad socialista. Ideas de Miljutin”, en *El Municipalista*, marzo 1935, pp.13-15; “El urbanismo soviético”, en *Arquitectura*, nº7, 1932, p.229; “Otras noticias sobre urbanismo”, *Arquitectura*, 1932, pp.94-96, 163 y 195, y Santiago Esteban de la Mora, “Proyecto del gran Moscú”, *Arquitectura*, 1935, n.6, pp.242-244. Sobre las relaciones entre España y URSS existe una importante bibliografía: ver, entre otros, sobre las referencias políticas, Juan Avilés Farré, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles*, Madrid: Biblioteca Nueva-UNED, 1999, y Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona: Planeta, 1999. Sobre las culturales, Magdalena Garrido Caballero, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*, Murcia: Universidad de Murcia, 2006, así como Antonio San Román Sevillano, *Los amigos de la Unión Soviética (AUS): Propaganda política en España (1933-1938)*, Salamanca: Universidad de Salamanca.

6 Luis Lacasa, *Memorias*, op. cit. “La mayoría de los arquitectos jóvenes que, conmigo, empezaron a desarrollar aquellas actividades ‘depuradoras’ de la profesión de que hablé anteriormente estaban en una situación semejante a la mía y, por lo tanto, no podía recurrir a ellos para que me sacaran de dudas y me orientaran sobre aquello que yo quería saber.

de la Asociación de Amigos de Unión Soviética –primer firmante del Manifiesto constitucional de AUS– destacando cuanto la finalidad de dicha Asociación era conocer la Unión Soviética para lo cual editarían mensualmente la revista Rusia de Hoy, promoviendo eventos culturales tales como, por ejemplo, una exposición sobre la gráfica soviética que generaría polémica en la prensa madrileña.

El reconocimiento de la URSS por la República Española y la noticia que aquel país había nombrado a Lunacharski embajador (quien fallecería cuando se dirigía a España) despertó gran interés entre los intelectuales. Y en 1934, como miembro del Comité Nacional de AUS, Lacasa viajaba a la URSS acompañado a una delegación que, a su vuelta, debía dar cuenta de sus impresiones: sin embargo nada, extrañamente, escribió Lacasa sobre lo visto ni comentó sobre la arquitectura constructivista o sobre las premisas sobre las que se estaba elaborando el Plan de Moscú⁵. La única consecuencia que conocemos de aquel viaje fue que su compromiso político quedaría evidenciado cuando escribía como “... Fue entonces cuando empecé a vislumbrar lo que nadie me decía: que el mal había que buscarlo más al fondo, que la solución del problema no era simplemente una transformación en la tramitación de los proyectos de arquitectura, que no bastaba implantar nuevas ordenanzas o cambiar los estatutos de la Sociedad de Arquitectos convirtiéndola en Colegio de Arquitectos. Fue entonces cuando comprendí que la solución del problema sólo podía encontrarse abarcando, no sólo a los arquitectos, sino a toda la Sociedad en su conjunto. Había pues que pensar en la forma de cambiar el régimen económico-social. Había, pues, que pensar en la política”.

Si a comienzos de los años veinte –siendo todavía estudiante en la Escuela– Lacasa había tomado como referencia a Gabriel Pradal (el arquitecto del PSOE que le recomendara la lectura de Kautsky⁶), poco a poco se radicalizaría de manera tal que al estallar la Guerra en 1936 (y ante la no posibilidad de alistarse, al ser rechazado por edad) decidía –junto con el Comité Nacional de AUS– incorporarse al Quinto Regimiento, pasando a la Comisión de Propaganda y recibiendo el encargo, en 1937, de construir el Pabellón Español de la República⁷. Participó en el Congreso de Intelectuales Antifascistas, celebrado en Valencia, formó parte del equipo que editó *Hora de España* y en el mismo 1937 Lacasa viajaba de nuevo a Moscú (esta vez, acompañado por Martí, Sanchez Arcas y Lino Vaamonde) para asistir al Congreso soviético sobre vivienda. A su vuelta viviría el desastre de la Guerra, final presagiado desde el momento en que (el 27 de febrero de 1939) Francia e Inglaterra reconocieron al Gobierno de Franco, debiendo (como

Había, sin embargo, una excepción. Era Gabriel Pradal, arquitecto almeriense que había estudiado la carrera con grandes dificultades económicas y que, ya en tiempos de estudiante, se había afiliado al Partido Socialista. Era, para nosotros, Pradal la edición española de aquellos estudiantes revolucionarios que conocíamos a través de las novelas de Dostoyevski. Me dirigí a Pradal en busca de un camino claro y le pedí algún libro en el que pudiera enterarme de cuál era la doctrina que sus correligionarios defendían”.

7 En 1976, en la introducción al libro *Luis Lacasa. Escritos*, di noticia de la documentación existente en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca sobre el pabellón de París de 1937, donde se evidenciaba cómo el encargo de la República se hizo a Lacasa y no a Sert, pese a haber sido mencionado su nombre, y estando de acuerdo tanto Araquistáin como Álvarez del Bayo en que –al haberse ausentado de España (y no regresar) en las primeras semanas de Guerra– no procedía su nombramiento [Figs.1-6]. Lamentablemente diversos autores han seguido manteniendo el equívoco. Ver “Introducción al estudio de Luis Lacasa”, en *Luis Lacasa. Escritos 1918-1936*, Madrid: COAM, 1976, pp.7-74.

8 Uno de los problemas principales se planteó durante la evacuación de Moscú (agosto de 1941) cuando fue preciso concentrar a todos los españoles desperdigados en la ciudad (abandonados por los dirigentes del PCE) en la residencia de jóvenes de la Pirogóvskaya. Aquello, lejos de ser una anécdota tendría importantes consecuencias políticas, al apoyar muchos a partir de aquel momento a Jesús Hernández frente a la dirección del PCE. Entre los que allí se encontraban estaba Sánchez Arcas. Ver Andrey Elpátievsky, *La Emigración Española en la URSS. Histografía y Fuentes, Intento de Interpretación (2ª Redacción Complementaria)*, quien añade: “Casi todos los comunistas españoles refugiados en Rusia, estaban con Jesús Hernández, porque era al que habían visto tratando de resolver sus problemas y se sabía que era partidario de que salieran de la Unión Soviética la mayoría de nuestros compatriotas. En cambio, eran muy pocos los que estaban incondicionalmente con Dolores Ibarruri quien cometió el error de creer que las quejas de los españoles sobre la situación general eran exageradas y utilizada por Jesús Hernández para crearse popularidad”. [http://www.exterior21.org/publicaciones/08%20Yelpatievski%20FINAL.pdf.] Sobre la situación de los españoles en URSS, Ettore Vanni escribe: “Ante la distribución en el trabajo en las fábricas les obligaban a rellenar formularios de cuatro páginas y les daban permisos de residencia ‘sin ciudadanía’. El criterio de distribución de los españoles en las fábricas fue verdaderamente monstruoso. Los rusos se preocuparon solamente de satisfacer su demanda de mano de obra. Se valoró especialmente la pertenencia al Partido y a la Juventud comunistas para ser un ejemplo para los trabajadores rusos... Los españoles fueron destinados a Járkov, Rostov del Don, Kramatorsk, Kolomná y Cheliábinsk”. Cita a Ettore Vanni, *Yo, comunista en Rusia*, Barcelona: Destino, 1950, p.51. Sobre la vida en URSS y sobre la organización del PCE, ver Szilvia Petho, *El exilio de comunistas españoles en los países socialistas de Europa centro-oriental (1946-1955)*, disertación de PhD (Tutor: Prof. Dr. Adám Anderle, DSc, Universidad de Szeged, Facultad de Filosofía y Letras, Escuela de

él mismo relata) “... *atravesar la frontera a pie, acompañado por Martí*”, siendo a continuación internado en uno de los “campos de refugiados” organizados en Francia, campo del que saldría gracias al aval de André Lurçat. Y, como señala en sus Memorias “... *Aunque había recibido proposiciones de trabajo de la Argentina, Chile y México, yo tenía puestos los ojos en la URSS*”.

Apenas viajaron a URSS un millar de personas: dirigentes, militares de alta graduación, cuadros medios con sus familias y con una adscripción política clara al Partido Comunista de España (PCE). Reducido, desde un punto de vista numérico, conviene tener presente que Stalin no facilitó una inmigración masiva de comunistas españoles ante el temor –como ya había ocurrido tras la llegada de comunistas polacos, austriacos o alemanes– que pudieran causar problemas ideológicos. Llegaron a un Estado presidido por la omnipresente figura de Stalin y controlado en todos los ámbitos de su vida económica, social y cultural por un fuerte, burocratizado y monolítico Partido, circunstancias que condicionaron de forma plena la vida de los españoles a dicho país y determinaron sus destinos. Son conocidos (y numerosos testimonios han dado fe de ello) los problemas sufridos por quienes se quejaron tanto de su situación en las fábricas o de quienes –ante las carencias materiales– reclamaron el derecho de abandonar URSS y marchar a América, actuando Fernando Claudín (responsable de la emigración al sustituir a Uribe, tras la caída en desgracia de Jesús Hernández) con dureza ante las protestas o actitudes de disconformidad, lo que provocaría la expulsión de Castro Delgado, Valentín Gonzales (El Campesino), Tagüeña... forzando así la dirección del PCE tanto a la retención de los 1.500 niños que en su momento habían llegado a URSS como impidiendo la marcha de quienes querían dejar el país buscando otro destino⁸.

Al llegar Lacasa a Moscú, durante los dos primeros años se le asignó colaborar con una organización de proyectos de teatro (*Teaproektmontazh*) pasando luego al Instituto de Urbanismo de la Academia de Arquitectura de la URSS, donde –ninguneado por su Director (“... *en la URSS, se me ha considerado como extranjero, y particularmente en los tiempos del culto*”) Trapiesnikov– desarrolló un trabajo impreciso que ni se plasmó ni en proyectos ni en publicaciones: evacuado durante el ataque alemán a Berlín, se reincorporó al mismo al terminar la Guerra sin que su situación variara. Y entiendo que su primera decepción afloró no tanto cuando, al presentar un trabajo que proponía como disertación, recibía una demoledora crítica ideológica (“... *la recensión que me hizo el talmudista de Trapiesnikov de un trabajo que me proponía presentar como diserta-*



[Fig. 1] Luis Lacasa y José Luis Sert. Planta del Pabellón de España en la Exposición Internacional de París, 1937.
Fuente: Archivo de la Memoria Histórica, Salamanca.



[Fig. 2] Luis Lacasa y José Luis Sert. Perspectiva de Conjunto del Pabellón de España en la Exposición Internacional de París, 1937.
Fuente: Archivo de la Memoria Histórica, Salamanca.



[Fig. 3] Luis Lacasa y José Luis Sert. Visita de obras del Pabellón de España en la Exposición Internacional de París, 1937.
Fuente: Archivo de la Memoria Histórica, Salamanca.



[Fig. 4] Luis Lacasa y José Luis Sert. Patio del Pabellón de España en la Exposición Internacional de París, 1937.
Fuente: Archivo de la Memoria Histórica, Salamanca.



[Fig. 5] Luis Lacasa y José Luis Sert. Interior del Pabellón de España en la Exposición Internacional de París, 1937.
Fuente: Archivo de la Memoria Histórica, Salamanca.



[Fig. 6] Luis Lacasa y José Luis Sert. Guernica y fuente de Calder en el Pabellón de España en la Exposición Internacional de París, 1937.
Fuente: Archivo de la Memoria Histórica, Salamanca.

Doctorado en Historia, 2008), que señala cómo “entre 1946 y 1950 fueron expulsados definitivamente o temporalmente 2.000 militantes, más de la cuarta parte de una organización que en 1949 había quedado reducida a 7.450 afiliados. Evidentemente, la gran mayoría de los expulsados no eran ni provocadores de la policía franquista, ni tampoco disidentes. Los motivos de expulsión eran tan variados como: casarse con mujeres socialistas, faltar a las reuniones, vender pocos ejemplares de la prensa del partido, retrasarse en el pago de la cuota, reunirse con familiares procedentes de España, ver películas ‘imperialistas’...”. Cita a Joan Estrucht, *Historia oculta del PCE*, Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2000, p.170.

⁹ Sobre el Instituto de Arquitectura, Lacasa señala en sus *Memorias*: “Tuve en contra al talmudista de Trapiesnikov, ‘profesor rojo’ que se formó en una escuela marxista pero que de urbanismo no tenía la menor noción. Venía a ser una especie de comisario político del Instituto de Urbanismo, lleno de recetas y de citas del ‘Bigotes’ [Stalin] pero vacío de sensibilidad artística, de cultura general y de conocimientos de la especialidad. En el sentido de hacer una disertación o de publicar un libro, mis años de permanencia en la Academia de Arquitectura han sido tirados por la ventana. [...] Pero todo lo que entonces hice hay que someterlo a severa crítica [subrayado en el original], pues por un lado mi formación era todavía (no es que ahora sea perfecta, ni mucho menos) bastante ecléctica. Por otro lado, las necesidades de la ‘realidad inmediata’ de la Academia de Arquitectura me llevaban inevitablemente a planteamientos ‘ortodoxos’, según fuera la ortodoxia que predominaba en cada momento y según fuese mi capacidad de captar la ‘atmósfera’. Pasé del objetivismo burgués y el apoliticismo a los discos ‘marxistas’. Sin acabar nunca de colocar las cosas en su lugar y dar al rey (el marxismo) lo que es del rey, y al César (la profesión) lo que es del César, según dice la frase romana (evangélica)”.

ción, recensión que después del XX Congreso el propio Trapienikov reconoció como sectaria y equivocada”) que le impedía su ascenso en la jerarquía intelectual del Instituto cuanto con aquel varapalo se buscaba doblegar su carácter independiente dado que “... me hizo reexaminar todas mis concepciones filosóficas y políticas”. Y asumiendo (la referencia a Jack London es obligada) las “recomendaciones”, como el mismo reconocería tras el mismo “... todos mis trabajos ya estaban a la page y nunca cesaba de fustigar al imperialismo descompuesto y putrefacto”⁹. Poco importaba que Lacasa hubiera sido uno de los más lúcidos conocedores españoles de la arquitectura y el urbanismo de los años veinte y treinta: la labor que le fue asignada en el citado Instituto fue la de traductor de revistas profesionales, desfilfarrándose así su demostrada capacidad de análisis en temas de arquitectura y urbanismo. Años perdidos hasta 1954, fecha en que se produciría un doble acontecimiento: el Partido le enviaba a Pekín para dirigir la Editorial de Lenguas Extranjeras al tiempo que, en el V Congreso del PCE, se le nombraba miembro suplente del Comité Central.

Desligado cada vez más de la arquitectura, pese a residir seis años en China no conocemos un solo texto por él escrito donde aparezca su opinión sobre la arquitectura china (histórica o contemporánea), donde se comente una sola palabra sobre lo que fue la intervención de Mao Zedong en el Foro de Yanan o sobre los cambios que experimentaban las ciudades chinas. Tan solo de pasada apunta, en un momento de sus *Memorias*, insinúa como “... un tema cuyo estudio allá hubiera sido para mí apasionante y con grandes perspectivas de desarrollo práctico es la vivienda introvertida (creo que Candilis ha hecho cosas en ese sentido). Es decir, la solución funcional, constructiva, económica, volumétrico-espacial a base de patios. Es tradición china. Y también mediterránea. Combinada con lo anterior (con los jardines de secano, las piedras escultóricas, etc.) es un mundo realizable en España”. La lectura de sus *Memorias* (documento que, por otra parte, convendría contrastar con los originales, dada la frecuente práctica de algunos deudos quienes, *ab maiorem gloriam*, eliminan párrafos o introducen pequeñas correcciones) se percibe como su actividad fue extraña por completo a la arquitectura, destacando pese a todo como “... en Pekín hemos conocido muchísima gente interesante. Era una ciudad –digo que era, porque ahora, tal como están los chinos, creo que muchas personas de las que iban ya no irán– donde llegaban gentes de todo el mundo. Allí he conocido a Venturelli, he visto a Siqueiros, he conocido, y no sé por qué no le he hecho el caso debido, al célebre cineasta holandés Joris Ivens; a Juan Marinello –al que tampoco hice caso–, a Antonello Trombadori, Leiris, Pajetta, Morante, etc. etc. Y no he conocido

más gente porque no he querido". Sin embargo, durante sus años en Pekín se produciría un acontecimiento que, entiendo, trastocó sus años futuros: la invitación recibida para asistir en Moscú al Congreso de la UIA y participar en los debates.

El Congreso posibilitó a Lacasa el reencuentro con quienes años antes habían sido compañeros de estudio y luego de profesión en Madrid: llegaron a Moscú tanto Enrique Segarra (arquitecto exilado, Teniente Coronel de Ingenieros con Líster y, tras el exilio, residente en Veracruz) como Mariano Serrano Mendicute, Mariano García Morales, José Fonseca, Carlos de Miguel, Julián Laguna y cuatro jóvenes, Perpiñá, Sainz de Oiza, de la Hoz y Cabrero produciéndose escenas emotivas cuando, al término de una comida organizada por Lacasa, este se levantó brindando, ante sus compañeros, por España, sin hacer mención a la guerra o al exilio, sin para nada referirse a la URSS ni pronunciar palabra sobre el franquismo. El gesto tuvo cuanto menos dos consecuencias: una, por cuanto que varios de los presentes (Fonseca y Rafael de la Hoz) instaron a Lacasa al regreso prometiéndole apoyo profesional; una segunda, porque el deseo de volver a España y rehacer su vida profesional implicaba importante significación política al plantearlo un miembro (suplente) del Comité Central del PCE, máxime cuando desde 1954 –durante el V Congreso del PCE– se había abierto el debate sobre si debía o no plantearse una política de “Reconciliación Nacional”.

Consciente del cambio producido en URSS tras el XX Congreso y la denuncia de Kruchev sobre los “crímenes de Stalin” (pese a que este fuera “informe secreto”, Lacasa supo de él –como reconoce en las *Memorias*– porque “... cuando Pablo [Neruda] llegó a Peidaijǒ [ciudad en la costa china] después del XX Congreso y me dijo qué cosas pasaban, le contesté que pasen las que pasen, caiga quien caiga en las direcciones de los PP CC, siempre habrá quien comience de nuevo”. Lacasa era conocedor –como miembro suplente del Comité Central– de la discusión mantenida en el seno del PCE sobre cómo la conveniencia de una nueva estrategia y una nueva táctica. Pese a todo –y aquí la contradicción–, cuando desde la dirección del Partido se le pidió opinión formal sobre el enfrentamiento que opondría a Dolores Ibarruri a Fernando Claudín y Jorge Semprún (su “nombre de guerra” todavía era Federico Sánchez), escribiría cómo “... un PC debía (...) tener disciplina severa, no pudiendo ser un centro de tendencias y controversias, como añoraban Fernando y Federico (...) así lo he manifestado por escrito, cuando me lo han preguntado. En el *affaire Fernando-Federico* (...) no se trata de pensar en disidencia”¹⁰. Pese a lo cual, apenas dos años más tarde viajaba a Madrid, buscando

¹⁰ Lacasa fue nombrado miembro suplente del Comité Central del PCE en una reunión a la que nunca asistió, en un Comité en el que 16 de sus miembros procedían del anterior, frente a 45 que se incorporaban por primera vez, en una situación en la que de los 65 miembros elegidos en 1937, 19 habían muerto, 27 habían sido expulsados y solo 19 continuaban. Dentro de aquella política de Reconciliación Nacional, en una primera fase se propugnaba la creación de un frente amplio que liquidara la dictadura y formara un gobierno provisional. Este gobierno debería restablecer las libertades democráticas, amnistiar a presos y exiliados políticos, y adoptar medidas urgentes para mejorar las condiciones de vida de la población. Tras ello se deberían convocar elecciones y desarrollar la democracia, estableciendo el PCE en junio de 1956 la que definiera como política de Reconciliación Nacional. Recordar solo la crítica que Ibarruri hizo en la reunión del Comité Ejecutivo a Fernando Claudín y Jorge Semprún (*Federico Sánchez*) descalificando sus posiciones políticas (abandono de consignas altisonantes como “*huelga general política*” –la HGP– y potenciar la alianza con las demás fuerzas antifranquistas). “*Y ninguno puede olvidar que si no tiene (el líder comunista) el respaldo de las masas, esas charlas de tertulia o de círculos son aire, charlatanería, devaneos de intelectuales con cabeza de chorlito*”. Ver en Manuel Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos* (Barcelona: Planeta, 1995), tanto el capítulo “Reunión del Comité Ejecutivo «Marzo-abril de 1964 en Praga»”, pp.476-486, como el siguiente, “Fragmento de la intervención de Pasionaria sobre Fernando Claudín”, del mismo libro, pp.487-488.

solventar las posibles dificultades políticas y asentarse definitivamente en España.

El viaje, en lo personal, entiendo fue un éxito enturbiado por un mal final: recibido afectuosamente por un Fonseca (el antiguo “camisa vieja”, también caído en desgracia desde 1939 por su enfrentamiento con Bidagor y relegado desde el final mismo de la Guerra a cargos menores) que alentaba, ayudaba y apoyaba –por lo que reconoce el propio Lacasa en sus *Memorias*– el retorno del exilado así como por un Rafael de la Hoz (quien prometía pasarle encargos, caso consiguiera volver) y con palabras de ánimo por parte de Pedro Bidagor, las dificultades vinieron de un Miguel Ángel García Lomas –Director General de Arquitectura– quien forzó su expulsión del país, conminando la policía a Lacasa a marchar en un plazo máximo de 24 horas. El obligado retorno –llegado a Moscú– le conduciría al desánimo, a “... *una sensación de imposibilidad de irme a otra parte; y más concretamente, de volver a España*”. A partir de ese momento fue consciente de cuanto dos referencias se cerraban: por una parte, el regreso a España, inviable al ser miembro –suplente– del Comité Central del Partido Comunista; paralelamente, su situación en el Partido, fácil de resumir cuando –en una entrevista que mantendría con Dolores Ibarruri– tras comentar a esta diversos desplantes recibidos, expresados en coloquial “... *no me quieres*”, recibiría la brusca y despectiva respuesta de “... *te quiero lo necesario*”. Aquella escena le llevaría a reflexionar señalando en sus *Memorias* cómo “... *me han hecho sentir que puedo contar muy poco con el ‘aparato’, lo cual es otro factor que ha contribuido a mi actual estado de ánimo. He podido ver de cerca que en el ‘aparato’ hay discriminaciones, categorías y no pocos elementos superburocratizados, de los de ‘hoy por ti y mañana por mí’ que se han acoplado cómodamente a sus puestos*”. Y sería entonces cuando, en un intento de superación, desarrolló en el Instituto de Historia del Arte lo que entiendo fue su única contribución en URSS al trabajo teórico.

Si su trabajo como urbanista había estado ligado hasta 1939 a la crítica y a la práctica, a partir de 1960 centraría su reflexión sobre la arquitectura contemporánea preparando un texto sobre *Orígenes y desarrollo de la estética en la arquitectura contemporánea de Occidente*, tema como reconocería de interés en URSS por cuanto “... *aquí no saben nada de la arquitectura contemporánea de occidente, (...) porque hasta hace poco consideraban nizkopoklonstvo* (“*actitud servil hacia lo extranjero*”) *tomarla como cosa seria y ahora no hacen más que fusilarla sin comprenderla*”. Y si en el Instituto de Urbanismo de la Academia de Arquitectura su castrante actividad de traductor cesaba en 1954, a su regreso en 1960 encararía un trabajo sobre los grandes archi-

11 Para mí, el documento más dramático del exilio español (a riesgo de equivocarme) es el que Luis Lacasa escribe en sus *Memorias* al comentar: “*Entonces, ¿de qué me quejo? Me quejo de mi destino que más de un tercio de siglo después me ha llevado –desde la lectura de Grinko– hasta esta situación mía de Don Tancredo engagé, cuyo engagement se reduce a eso, a estar de Don Tancredo, sin participar en nada, sin que cuenten con uno para nada. ¿Y si contarán conmigo para algo, qué? Pues entonces me habrían fastidiado, porque sé muy bien que no sirvo para esta clase de actividades. Entonces, ¿de qué me quejo?*”

Me quejo, me lamento, de mi destino que, por diferentes causas, me ha llevado hasta aquí, a tener que vivir aquí, a no poder vivir en España.

No sé quién –creo que Solana– me dijo un día que yo era un ilusionista. No sé si soy eso, o voluntarista, o qué. Pero sí sé ya hoy que hay una gran desproporción entre el sacrificio que he hecho y el beneficio que haya podido aportar.

Ahora ya es tarde para cambiar: mis fuerzas físicas flaqueantes, el paso de los años, me impiden empezar una vida nueva, cuando ya me queda sólo la collilla de la antiigua.

Tal vez este estado de ánimo mío sea una prueba más de mi ilusionismo, de mi falta de capacidad de adaptación a lo inmediato, de falta de perspectivas realistas, utilitarias, del espejismo de que en España tendría lo que aquí me falta y dejaría de tener lo que aquí me sobra. ¿Qué me falta? ¿Qué me sobra? Lo que me falta:

1) *Estar en España, pisar la tierra, ver el cielo, los paisajes, las casas, las gentes; toda la historia de mis 36 primeros años.*

2) *Poder dejar el trabajo a cualquier hora, echarme a la calle y encontrar un lugar y algún amigo con quien partir, con quien tratar de cuestiones afines. De una manera sencilla, sin que implique una situación en regla, con varios días de anticipación. (Como lo que cuenta Hemingway, en sus memorias: estaba trabajando todo el día –eso era en París, de joven– y bajó un momento al bar de la esquina, donde estaban Scott Fitzgerald... y tal... y cual).*

3) *Poder trabajar de arquitecto o de urbanista, como hice hasta 1936 con gran aprovechamiento.*

4) *Poder ganarme el fruto de mi trabajo en una moneda que pueda cambiarse por otras. Y, con ello, comprar cosas fuera, viajar, etc.*

5) *Obtener un pasaporte en 15 días, para cualquier país. (Esto creo que ahora ya va siendo difícil en todas partes.)*

6) *Salir a la calle y encontrarme con una mayoría de personas azezadas a la convivencia, con el mínimo de ‘modos’, de ‘maneras’, necesario para conllevar el trato superficial, inevitable, en cuanto se sale a la calle.*

7) *Poder charlar una o más horas con alguien afín a mí en algún terreno. (En eso, la pérdida de Alberto ha sido para mí irreparable; sobre todo aquí. Y, en menor medida, pero también, la de Arconada.)*

8) *Tratar con gente que sea sencilla o complicada, pero que no tenga complejo de inferioridad (no con seudos: seudo-intelectual, seudo-culto, seudo-político); que no sea ‘quiereo y no puedo’.*

9) *Poder gestionar cualquier asunto por mí mismo; y no a través del único conducto (un verdadero tubo) de que ahora puedo disponer.*

10) *Y más cosas, que irán saliendo.*

Lo que me sobra:

1) *Estar en un país del que conozco la lengua más por lo que leo –con diccionario– que lo que digo (que es muy poco). Bellos paisajes naturales; paisaje primitivo, elemental; paisaje urbano en general feísimo (salvo las calles viejas, que conservan casas de*

tectos contemporáneos, dedicando un primer capítulo a Frank Lloyd Wright y un segundo a la arquitectura alemana del XX.

El contacto tanto con un Fonseca convertido en sincero apoyo como con Carlos Flores, Fernando Chueca o Miguel Fisac (con quienes mantuvo correspondencia), de quienes recibe noticias sobre la moderna arquitectura española provoca, de manera indirecta, el desánimo ante la imposibilidad del retorno, desánimo que se hace patente día a día reseñando cómo “... *en cuanto al futuro, a medida que me van faltando las fuerzas físicas me va pareciendo más remota la posibilidad de que yo vuelva a España a trabajar*”¹¹.

Efectivamente, Luis Lacasa moriría en el exilio, en 1965, no solo sin haber tenido la posibilidad de retornar sino consciente de cuanto su éxodo frustró la brillante carrera profesional que sus proyectos anteriores a la Guerra Civil habían auspiciado.

Identificado Manuel Sánchez Arcas –por la historiografía madrileña de los años veinte y treinta– profesionalmente con Luis Lacasa, como si desde la finalización de sus estudios en la Escuela de Madrid y hasta su muerte hubiesen formado un indisoluble tándem, al terminar aquel sus estudios en los primeros años de la década de los veinte marchaba a Londres para continuar los mismos. A su vuelta, en corto plazo Sánchez Arcas obtenía el reconocimiento de sus compañeros consecuencia no solo por los concursos ganados en apenas cuatro años (Hospital de México, Hospital de Toledo) sino por sus opiniones y criterios sobre que debía plantearse una arquitectura que se reclamaba moderna. Contrario y crítico con el “pastiche” que algunos relacionan, en 1926 fue invitado a participar (junto con Zuazo, Fernández Balbuena, Cascales y Lacasa y cuando apenas contaba con cinco años de vida profesional) en el I Congreso Nacional de Urbanismo. Tras este, marcharía a Holanda visitando y conociendo la arquitectura que tanto desarrollaba en Ámsterdam el núcleo liderado por Berlage como los proyectos sobre vivienda social concebidos por los arquitectos de Rotterdam, publicando a su vuelta artículos sobre la nueva arquitectura holandesa. Contrario, como Lacasa, al formalismo que Mercadal difundía ya en esos años, Sánchez Arcas optó –frente a un Lacasa, ya claramente urbanista– por la edificación, ingresando en el equipo que –dirigido por López Otero– proyectó la madrileña Ciudad Universitaria de Madrid, construyendo tanto la Central Térmica como el Hospital Clínico y el edificio mismo del Rectorado.

Si hasta el momento las obras de Sánchez Arcas –en el Hospital para México, en el construido en Toledo o en la colaboración desarrollada con Gustavo Fernández Balbuena en el edificio de Almagro 5 (Instituto Británico)– demostraban un evidente saber hacer, el proyecto concebido junto con Lacasa para el Instituto

madera, jardines, árboles). Pueblo de héroes es éste, no sólo durante la guerra sino en la construcción cotidiana. Pero los héroes suelen comer con los dedos. Y lo cotidiano de la convivencia no son los gestos heroicos. Mejor para leído que para convivido.

2) *Una vida sin relaciones. Antes, en tiempos del Bigotes, un extranjero estaba rodeado aquí de un círculo de prevención y desconfianza. Ahora, no tiene uno su ambiente (la nueva generación, Amaya por ejemplo, sí). Sin Alberto, sin Arconada, no encuentro a mi alrededor nadie con quien conversar. No hay cafés, no hay clubes (nuestro club no es eso: acto político, película trasnochada, en general conversaciones heterogéneas en los vestíbulos y entreactos).*

3) *Desde que llegué aquí dejé el lápiz para tomar la estilográfica. Sin comerlo ni beberlo me encontré convertido en un ‘colaborador científico’. Llevo veinte años haciendo ensayismo sobre arquitectura y urbanismo. Los primeros años no sabía nada de la fundamentación marxista; y menos de los discos que había que emplear sine qua non. Ahora son otros tiempos. Pero, sin embargo, en el terreno de la estética siguen aquí en pie los dogmas de Zhdanov.*

4) *Con seis de familia (Sole, Amaya, Jorge, su compañera Naída, su hija Ana) no me alcanza lo que gano para cubrir gastos. Desde hace unos meses hago con Jorge traducciones del ruso al español, que me empiezan a dar algún respiro. Cobro en rublos, que sólo me sirven para el consumo interior. Si quiero hacer un viaje, por 180 rublos me dan 200 dólares; y eso es todo lo que puedo tener. Si pido libros al extranjero es que me quedan algunos francos suizos de los que me dieron los chinos al terminar mi ‘komandirovka’ (comisión de servicios) allá.*

5) *Hace más de un mes Jorge y yo entregamos a la Cruz Roja una numerosa documentación solicitando un pasaporte para Francia. Veremos cuándo nos lo dan.*

6) *Dije que los héroes comen con los dedos. Eso lo noto desde que salgo de la puerta de mi piso. Muchos se hacen la ‘toilette’ en el trolleybus o en el metro: las legañas, las uñas, sacan el peine y se peinan; abren las piernas y ocupan sitio y medio; te meten los bultos por el costado; no cruzan según la dirección dominante sino que se pasan o van de través. De todos modos, prefiero estos primitivos que los ‘kultos’ alemanes.*

7) y 8) *Incomunicación social e intelectual. No tengo más válvula que la lectura: L’Unità, Paese Sera, Rinascita, Il contemporáneo. Libros que pido al librero de París. En cuanto quiero reunirme con alguien noto la incomunicación, el ‘isaisismo’ de la gente, su estrechez, la falta de afinidad.*

9) *Eso del castillo de Kafka es una página arrancada de la vida de aquí. Gigantesca burocracia. No hay más camino que “por arriba”. Y ‘arriba’, aunque sea suplente del C.C. del P.C. de E., no tengo grandes apoyos que digamos. Como me decía D [Dolores Ibarruri]: “Te quiero lo necesario”. Ni un ápice más. Y a C. (Carrillo) todo se le va en buenas palabras: en la práctica está en sus elevados asuntos. Y cuando he querido recurrir a él, resulta que no he conseguido nada. C. en el trato particular es lo bastante correcto, dentro de su isaisismo. Pero para todo hay que contar con los de ‘arriba’, y no hay más camino. Si ‘arriba’ piensan que no hace falta, o si se olvidan de la demanda, se queda uno sin lo que pretendía tener.*

(Qué lejos están aquellos tiempos en Madrid cuando iba a una tienda y me compraba desde un abrigo hasta un estuche de aseo, zapatos ingleses, etc. por valor de 1.000 pts., de las de entonces, o encargaba por teléfono herramientas para mi jardín. O me hacía una casa con jardín, huerta, perro, un matrimonio a mi servicio... etc. etc.).

10) *Y más cosas que irán saliendo.”*

Rocasolano y, sobre todo, sus obras en la Ciudad Universitaria de Madrid (la Central Térmica de la Universitaria así como en el universitario Hospital Clínico) hacía patente su ruptura frente a una modernidad puramente formal, fachadista, haciendo ver cuánto la técnica imponía y condicionaba el diseño. Fue en esos años cuando –formando parte del equipo de arquitectos que encargado de trazar la Ciudad Universitaria de Madrid– visitó EE UU, buscando conocer la experiencia americana en la construcción de campus universitarios, radicalizando tras el viaje su forma de entender la arquitectura al evolucionar de la “sinceridad arquitectónica” reclamada años antes a reclamar la racionalidad en el proceso constructivo. Paralelamente entraba en política, siendo nombrado –ya en los primeros momentos de la República– Consejero de Instrucción Pública, formando parte, al poco, del Consejo Nacional de Cultura.

Si por una parte Sánchez Arcas asumía tanto la actitud de quienes reclamaban una “nueva objetividad” (*Die neue Sachlichkeit*) asumiendo la idea de que “... *la objetividad es la fantasía que trabaja con exactitud*” paralelamente entendía –de acuerdo con lo expuesto por un lúcido Leopoldo Torres Balbás– que la arquitectura debía definirse desde lo vernáculo, buscándole la normalización de los elementos que en ella aparecen, definiendo la arquitectura desde la tradición y desde la economía de su construcción al apuntar cómo “... *la vivienda debe definirse desde la lógica de la construcción y, dependiendo del saber de la tradición, debe depender de una industria que ignore la polémica sobre los estilos y busque, sobre todo, la economía en su construcción*”. Y si durante la década de los veinte aquella reflexión se centró casi exclusivamente en la construcción de viviendas económicas, en los treinta (cuando al “crac” del 29 se sumó en España una importante fuga de capitales por parte de quienes no confiaban en la República) la situación cambió obligando al Estado a encarar (desde supuestos keynesianos) una política de grandes obras de infraestructura. De la construcción de casas baratas a los planes nacionales de obras hidráulicas, a la construcción de una nueva red ferroviaria o a la definición de una nueva política de colonización interior: desde el nuevo prisma, la arquitectura –para Sánchez Arcas– debería ser estrictamente científica, “... *entendiendo que los problemas de funcionamiento en un edificio son más complejos que los de la vida de cualquiera de los individuos que han de usar de él*”. Y tras apuntar cómo lo que llamará “funcionalismo auténtico” no consistía en la mera derivación mecánica, dogmática y rígida de la forma (según exigía la función) apuntó cómo existía un margen de elección (incluso, destacaba, al determinar la sección de un pie derecho) que posibilitaba que una obra fuera, además de adecuada a su función, más o menos bella, según sea la sensibilidad y capacidad del arquitecto. Porque, en su opinión, lo

LA DEFENSA DE MADRID

Una opinión del arquitecto director de la Ciudad Universitaria, Manuel Sánchez Arcas

La defensa de Madrid es la cuestión que debe preocupar primordialmente en estos momentos a todo madrileño consciente. Toda la atención prestada a este problema, todos los esfuerzos que se realicen en este sentido deben parecerse pocos.

El presidente de la Junta de Obras de la Ciudad Universitaria, el competente arquitecto Manuel Sánchez Arcas, ha tenido una iniciativa —a nuestro juicio acertadísima— que MILICIA POPULAR, atenta a todo cuanto signifique facilitar la obra del Gobierno, brinda a éste, a los organismos responsables y a la opinión.

Habla el ilustre arquitecto:

“La construcción de las fortificaciones podía organizarse “sobre la base de las mismas obras”. En ellas están agrupados los obreros de la construcción, divididos según sus diversas especialidades, lo cual hace posible que su enrolamiento con vistas al trabajo de fortificaciones pueda efectuarse rápidamente. En cualquier obra se encuentran casi todos los elementos necesarios para el trabajo de fortificaciones: desmontistas, especialistas de hormigón armado, carpinteros, etc., con la ventaja enorme de que todos se encuentran en posesión de sus instrumentos de trabajo y de que se hallan encuadrados, según los diferentes servicios, desde los técnicos, pasando por los obreros calificados, hasta los peones. Bastaría un momento para que, partiendo de esta base, pudiésemos movilizar ordenadamente una gran cantidad de hombres para efectuar los trabajos de fortificación de Madrid.”

Nosotros, por nuestra parte, no creemos que las circunstancias se presten a grandes dilaciones y parlamentos. La iniciativa está lanzada y la Junta de Defensa de Madrid es quien, si le merece el mismo juicio que a nosotros, puede recogerla. Parte de una persona de gran responsabilidad y conocimiento en la materia. Manuel Sánchez Arcas es, además, un modelo de lo que debe ser un técnico al servicio del pueblo.

MILICIA POPULAR se honra dando acogida a su opinión en este sentido, y espera sea tenida en cuenta por quien puede y debe.



[Fig. 7] *Milicia Popular* n°67, 11 de octubre de 1936.

[Fig. 8] *Milicia Popular* n°90, 5 de noviembre de 1936.

singular de un proyecto no radicaba tanto en el uso de terminados materiales (fueran estos hormigón o acero) cuanto en la definición de un correcto programa de necesidades.

Desde su cargo como Consejero de Instrucción Pública su preocupación no fue tanto decidir donde construir escuelas sino llevar la racionalidad a los programas de necesidades de las mismas; y tras analizar y enumerar los problemas que caracterizaban escuelas españolas apuntó, entre otras recomendaciones, diferenciar los programas de las grandes agrupaciones escolares de otras de menor tamaño al tiempo que enfatizaba la importancia de su ubicación en los proyectos de urbanización. Como arquitecto es en esos momentos cuando desarrolla una febril actividad como proyectista y sería en los años de la República cuando construyó el Hospital Clínico de Madrid, el Mercado de Algeciras, el Rectorado de la Complutense proyectando —en colaboración con Aizpurúa y Labayen— el Hospital de San Sebastián, participando asimismo en el concurso del Museo del Coche. Pero hay más: fue en esos momentos cuando colaboró tanto con el Centro de Exposición e Información permanente de la Construcción organizado por Mariano García Morales como con el grupo de estudio (compuesto por arquitectos e ingenieros) que en torno suyo aglutinó Eduardo

LAS CASAS DEL COMBATIENTE

nunca las condiciones necesarias de buena iluminación y alegría.

Las habitaciones se pintarán con colores claros, casi blancos, colores neutros: gris, verde grisáceo, ocre.

La iluminación artificial de las salas se

Hoy tenemos la satisfacción de ofrecer a nuestros lectores el artículo que reproducimos a continuación del prestigioso arquitecto Manuel Sánchez Arcas, que, desde su punto de vista profesional, describe cómo serán las Casas del Combatiente.



Las Casas del Combatiente se instalarán en edificios alegres, emplazados en lugares tranquilos, rodeados de jardines, si fuera posible.

La primera condición que ha de tener la casa es la de una buena iluminación natural y artificial. Grandes ventanas abiertas al exterior, bien soleadas, evitando la utilización de habitaciones interiores con ventanas abiertas a patios, porque éstas no tienen

conseguirá con varios puntos de luz, a base de lucetas de cristal opal esféricas, con bombillas potentes. La difusión adecuada de la luz se consigue con varios puntos de luz. Un solo punto de luz defectuosa por la gran difusión de la intensidad luminosa de un punto a otro de la habitación.

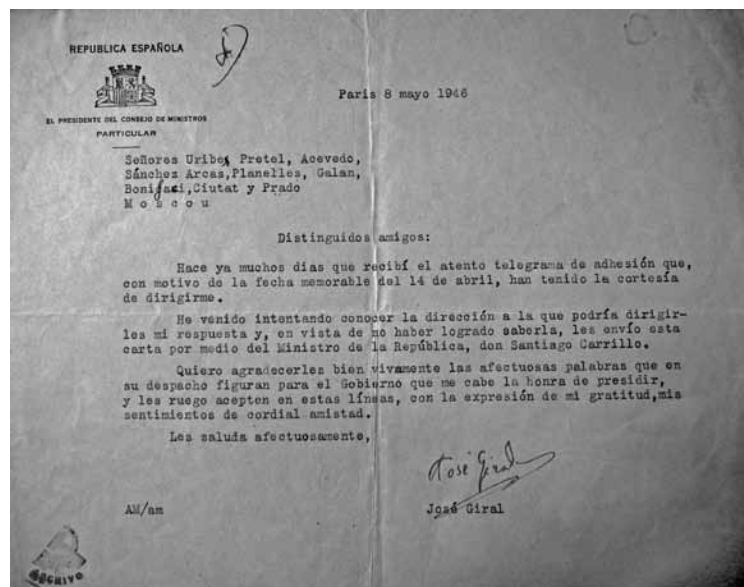
Debe acondicionarse la calefacción en todas las dependencias; pero si las condiciones del momento no lo permitieran, se con-

seguirá con varios puntos de luz, a base de lucetas de cristal opal esféricas, con bombillas potentes. La difusión adecuada de la luz se consigue con varios puntos de luz. Un solo punto de luz defectuosa por la gran difusión de la intensidad luminosa de un punto a otro de la habitación.

[Fig. 9] *Milicia Popular* n°132, 6 de enero de 1937.

Torroja. Crítico frente a los que identificaban “racionalismo” con una composición volumétrica un tanto mecanizada, Torroja organizó en 1932 un heterogéneo grupo (en el que participaría el ingeniero José María Aguirre, fundador de AGROMAN) cuyo objetivo fue reflexionar sobre la posible industrialización de la arquitectura, debatir sobre aspectos ligados a la construcción (por ejemplo, la iluminación) o estudiar el nuevo uso que pudieran tener las estructuras en la edificación: de todo ello cabría destacar el sueño de los arquitectos en proyectar como ingenieros y el de los ingenieros en imaginar cómo arquitectos. Solo desde esta hipótesis se entienden los proyectos de Sánchez del Río (en Pola de Siero) o los ejecutados por Torroja junto a Sánchez Arcas (mercado de Algeciras) o —junto a Arniches y Domínguez— el Hipódromo de Madrid. Y desde tal planteamiento Sánchez Arcas asumiría la dirección de un seminario —desarrollado en la Residencia de Estudiantes— sobre el tema.

Al estallar la Guerra sin duda Sánchez Arcas era uno de los más representativos y respetados arquitectos madrileños no solo por la calidad de los proyectos mencionados sino por su haber sido capaz de formular y presentar su idea de que debiera ser la “nueva arquitectura” [Figs. 7-8-9]. La Guerra, sin embargo, reconfiguró su carrera profesional: si hasta poco antes su militancia política se había desarrollado en Izquierda Republicana (no había sido fundador de AUS, como sí otros arquitectos) durante la con-



[Fig. 10] Carta de Giral a Sánchez Arcas, 8 de mayo de 1946.

tienda ingresó en el PCE y, al transformar Negrín el Ministerio de Propaganda instituido por Largo, fue nombrado Subsecretario, lo que le llevó a abandonar la arquitectura, desempeñando desde un primer momento un destacado papel en la Junta Central de Salvaguarda del Tesoro Artístico. Terminada la Guerra optó – como hiciera Lacasa– por marchar a URSS, trabajando durante un año largo en la Academia de Arquitectura de Moscú hasta que, al ser evacuada la ciudad, colaboró en la construcción de hospitales de campaña. Tras la Guerra Mundial, en 1946 su vida daba un nuevo giro al ser nombrado por el Gobierno de la República española en el exilio embajador de la misma en Polonia.

La deseada vuelta a la patria de quienes habían marchado al exilio se reflejaba, por ejemplo, en la carta que Max Aub dirigiera a Malraux en septiembre de 1944, escribiendo en la misma – confiando en el inmediato retorno– un explícito “*Hasta pronto, Puerta del Sol*”¹². Quienes habían partido a América el anhelado retorno dependía de las decisiones tomadas los Gobiernos aliados, asistiendo expectantes –desde una obligada actitud pasiva– a lo que en Europa se decidiera. Por ello, al constituirse en México el Gobierno de la República en el exilio (el “Gobierno de la Esperanza”) y ser reconocido por México, Guatemala, Panamá y Venezuela, la decisión de Giral –tomada en febrero de 1946– fue trasladar su sede a París, buscando “*tener presencia física y presionar*” con vista a conseguir tanto el reconocimiento oficial como el

¹² André Malraux y Max Aub, *La República Española, crisol de una amistad. Cartas, notas y testimonios (1938-1972)*, Gérard Malgat (ed.), trad. Antoni Cisteró, Lleida: Ediciones de la Universidad de Lleida/Pagès Editors, 2010.

¹³ Jan Stanislaw Ciechanowski, “Las relaciones entre la Polonia comunista y la República española en el exilio. Razones políticas de la misión de Manuel Sánchez Arcas en Varsovia (1946-1950)”, *Ayer*, n°67, 2007, pp.49-79. Ver igualmente Matilde Eiroa, “Repúblicanos en el Centro-Este de Europa: los intentos de normalización institucional”, *Cuadernos Repúblicanos*, n°54, 2004, pp.301-305, así como Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, *Historia política de la Segunda República en el Exilio*, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1997. Pese a todo, comentar como hace Ciechanowski sobre Sánchez Arcas que “*fue como una especie de representante del PCE, porque el Ministerio de Estado del gobierno de París ni sabía muy bien quién era*”. Es un despropósito, por cuanto que antes de la guerra no solo había sido autor de importantes proyectos arquitectónicos sino que su papel técnico-político durante la República y luego la guerra era bien conocido de todos.

¹⁴ Szilvia Petho, op. cit., ver nota 8.

apoyo en Europa [Fig. 10]. Tal política implicaba la necesidad de establecer embajadas de la República no solo en los países occidentales sino también en los que ahora se definían como parte del “Bloque del Este”. Y si en octubre de 1945 Fernando de los Ríos había enviado desde México una carta al ministro de Asuntos Exteriores de la nueva República de Polonia, pidiéndole intercambio de representantes diplomáticos para negociar el reconocimiento del gobierno español en el exilio¹³, en marzo de 1946 el Gobierno Republicano –tras su reconocimiento por las “democracias populares”– reclamó, para sus distintas misiones, personas reconocidas prestigio como embajadores de la República, presentando Sánchez Arcas en agosto de 1946 sus cartas credenciales como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República española ante el presidente de la República polaca.

En momentos en el que la esperanza de regresar a España en breve plazo oscilaban entre las declaraciones del gobierno inglés y resoluciones como la adoptada a finales de aquel 1946 por la ONU –excluyendo al Régimen de Franco de los organismos internacionales y recomendando a los países miembros retirar la retirada de sus representantes diplomáticos de España– el cometido de aquellos embajadores era tanto fomentar con contactos con las potencias occidentales como denunciar la situación de la España franquista. Sobre la actividad de Sánchez Arcas en Polonia, uno de los embajadores franquistas destinados en Europa informaba a su Ministerio de Exteriores señalando cómo “*... el representante rojo español en Varsovia. Manuel Sánchez Arcas instaló en 1947 una oficina en Varsovia. Se titulaba ‘Delegado del Gobierno español en el exilio’ y tenía alrededor de veinte personas a su servicio entre colaboradores y empleados, asimismo disponía de grandes sumas de dinero –añadiendo– ... Arcas ha sido muy activo y de gran utilidad para Rusia en el trabajo de propaganda comunista en la Europa Occidental. En estos últimos tiempos su influencia es mucho menor. Continúa en Varsovia, pero dispone de muchos menos fondos y empleados. Su influencia en los medios oficiales polacos también ha disminuido*”¹⁴. El comentario acertaba en un punto: el papel de Sánchez Arcas como embajador decaía, debiéndose fundamentalmente a un doble hecho: por una parte, a los cambios que en escaso tiempo se habían producido en la política internacional; luego, por la actitud que el PCE asumiera respecto a la cuestión yugoslava.

No olvidemos, en primer lugar, que pronto el aislamiento a España fue aflojando, normalizando paulatinamente las potencias occidentales sus relaciones con el Régimen franquista: la frontera francesa fue reabierta en febrero de 1948, en agosto de

1950 Estados Unidos concedía un préstamo a España y en noviembre la ONU anulaba su resolución de diciembre de 1946, dejando a sus miembros en libertad para establecer relaciones diplomáticas con Madrid. Sin embargo Jan Ciechanowski ha estudiado las razones políticas de la misión diplomática de Sánchez Arcas, destacando el porqué de la dimisión que como embajador presentara al gobierno de la República.

Tras su presentación de credenciales, Sánchez Arcas recibía instrucciones del Gobierno Republicano recomendando se abstuviera “... *hacer alusiones (...) que pudieran ser desagradables a algunas naciones aliadas*”, ya que “... *cualquiera que sea nuestro juicio íntimo respecto a la política que respecto a nosotros realizan, nuestra actual postura internacional no nos permite formular críticas ostensibles sobre todo sin el previo conocimiento y autorización de este Ministerio*”¹⁵. El contenido de tal instrucción –aparentemente inicuo– respondía al temor del Gobierno de la República que su embajador en Polonia pudiera representar más al PCE que al propio Gobierno. Razones no faltaban, según documenta Ciechanowski, en el sentido que Uribe escribía a Sánchez Arcas (en un momento en el que el enfrentamiento de Stalin con Tito alcanzaba altos niveles) explicando los argumentos soviéticos y señalando: “... *Como seguramente has visto por ‘MO’, tus ‘jefes’ se están portando como unos cochinos con los países de democracia popular y sus gobiernos, por sus tratos canallescicos con los bandidos fascistas capitaneados por Tito. Son cosas que no se pueden dejar pasar, no sólo por la denuncia pública y su condena, sino también por las medidas concretas que esté en nuestras manos tomar. Por esta razón, te exponemos la opinión de que es conveniente presentar la dimisión inmediata de tu cargo exponiendo por qué, pues ni de cerca ni de lejos podemos aparecer mezclados en ninguna de las repugnantes trapisondas de esos ‘gobernantes’ que cubren las canalladas titistas. No dudo tendrás la misma opinión que nosotros*”¹⁶.

De acuerdo con lo señalado, en enero de 1950 Sánchez Arcas escribía al Gobierno de la República lamentando las “... *expresiones demostrativas de amistad por parte del gobierno* [Republicano en el exilio] *hacia Yugoslavia*”, manifestando que tal noticia le causaba impresión desalentadora, “... *tanta como la que podría causar en cada demócrata español*”, asegurando cómo “... *para todos está claro que el llamado gobierno yugoslavo es una pandilla fascista compuesta de agentes del imperialismo norteamericano, enemigos de nuestra nación, enemigos de la República y de la democracia española. Tito y su familia fascista pertenecen al bando de los autores de guerra, al mismo bando que el fascista Franco, el verdugo de la nación española. Los demócratas españoles pertenecen al bando de la paz, su lucha por la liberación es la lucha por la paz*”, expresando su deseo de terminar su misión en carácter de ministro de la

¹⁵ Jan Stanislaw Ciechanowski op. cit, nota 13.

¹⁶ Ibid. Sorprende que Ciechanowski comente, sobre las iniciales MO que aparecen en el documento, que “*probablemente se trata de la Gaceta Oficial de la República Española o del Monitor Oficial*”. Obviamente, MO eran las iniciales de *Mundo Obrero*, órgano del PCE desde 1930.

¹⁷ Ibid. nº61. Pese a los datos de indudable interés facilitados por Ciechanowski, entiendo que algunos de los comentarios o adjetivos con los que trufa su texto habrían hecho feliz en su día tanto a Juan Aparicio como a Ricardo de la Cierva.

República española en Varsovia y presentando su dimisión, hecho que le sería aceptada al poco, permaneciendo en Varsovia hasta 1956 y trabajando (sin que tengamos conocimiento de cuál fue su labor y su responsabilidad) en la Oficina de Proyectos¹⁷.

Nombrado –como lo fuera Lacasa– miembro suplente del Comité Central en el V Congreso del PCE, en 1956 (con casi sesenta años de edad) Sánchez Arcas se trasladaba –junto con su familia– a la DDR sin que sepamos nada de cuál fue, a partir de dicho momento, su actividad profesional.

Conclusiones

Las muy particulares vicisitudes que vivieron los dos arquitectos que marcharon, en su exilio, a URSS (y luego, cada uno de ellos, a diferentes países del Este) solo se entiende volviendo la vista a su actividad anterior a la Guerra. Formado uno en Alemania y el otro en Inglaterra, uno y otro poseían una no habitual cultura arquitectónica: porque si bien viajar al extranjero no era –en la década de los veinte– un hecho excepcional, fue realizar estudios de posgrado fuera de España durante más de un año si lo era. Arquitectos ambos que pronto gozarían ambos de reconocido prestigio tanto por su formación (apenas cinco años después de haberse titulado, figuraban ya en el más selecto grupo constituido por Gustavo Fernández Balbuena o Zuazo) como por su actividad profesional (por los concursos obtenidos) su perfil primero vino dado –tanto en Sánchez Arcas como en Lacasa– por liderar el rechazo a la opción formal que en esos años difundía en Madrid García Mercadal, optando en su lugar por una arquitectura identificada con la técnica. Aquella valoración de la técnica llevó a ambos a optar por lo que se denominó el “americanismo”, reflejando esta opinión tanto en proyectos como el edificio Rocasolano (o en el Hospital Clínico de Madrid, Central Térmica de la CUM...) como en los artículos publicados sobre la arquitectura estadounidense, bien hacia la planificación que se plantea en URSS a través del primer Plan Quinquenal. Los cambios sociales de comienzos de los treinta re-direccionó aquel interés y tal situación tuvo una doble consecuencia: por una parte Lacasa centró su interés en cuanto sucedía en Rusia (participando en AUS y entendiendo que la acción política solo podría llevarse a término desde la militancia en el PCE) mientras que Sánchez Arcas (desde el entorno de Torroja y a través del Instituto Técnico para la Construcción y Edificación) difundía las características técnicas de la construcción. Ciertamente que ambos, y frente a una “arquitectura formal”, reclamaron la necesidad de una arquitectura “no adjetivada”, reflejo de un estricto programa de necesidades. En

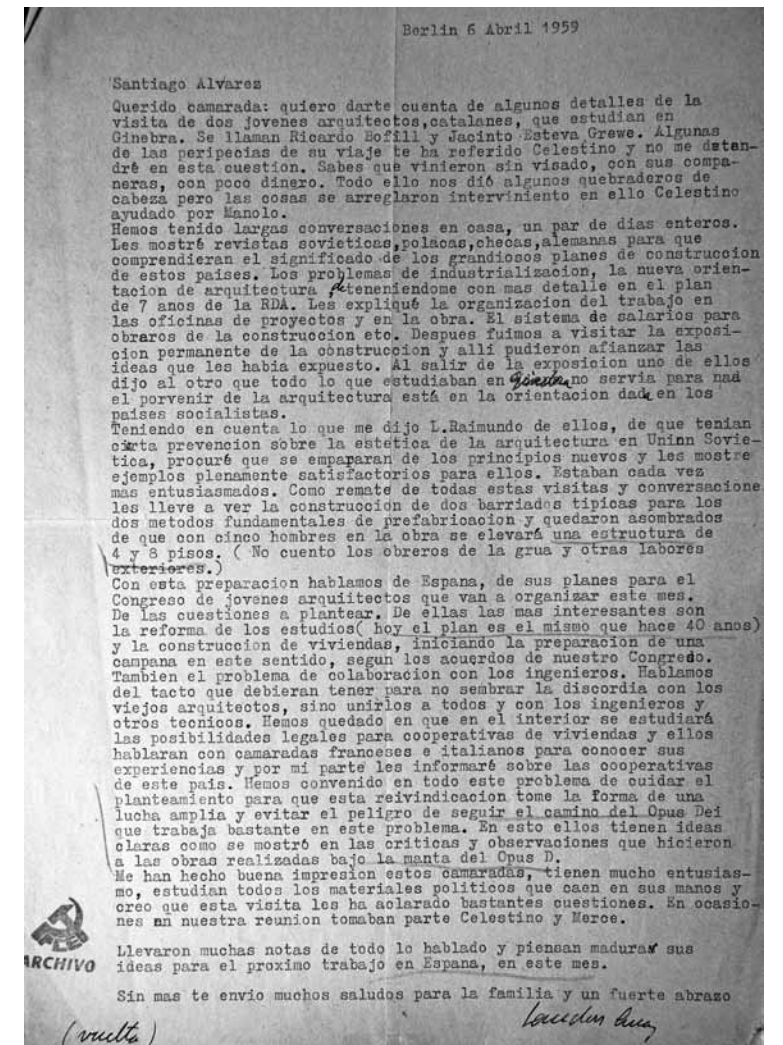
segundo lugar –y tras chocar profesionalmente en la dirección de obra del Rocasolano, rompiéndose la relación profesional hasta entonces mantenida– mientras que Lacasa marchaba a París, viviendo durante varios meses –como reconociera en sus Memorias– una vida bohemia. Sánchez Arcas entraba en política, siendo nombrado primero Consejero de Instrucción Pública y luego miembro del Consejo Nacional de Cultura. Y mientras que uno pasó la Guerra como miembro del Quinto Regimiento, el otro –tras haber transformado Negrín el Ministerio de propaganda que instituyera Largo– era nombrado Subsecretario, participando en consecuencia en el Gobierno y –carezco del dato, pero en ocasiones se ha señalado que Sánchez Arcas pasó en guerra de militar en Izquierda Republicana a ingresar en el PCE– marchando tras la Guerra a URSS. Y allí de nuevo cada uno tendría una actividad bien diferenciada.

El “bohemia” fue asignado al Instituto de Urbanismo de la Academia de Arquitectura mientras que Sánchez Arcas fue nombrado (finalizada la Guerra, y tras el reconocimiento por parte de Polonia del Gobierno de la República) embajador de la República en Polonia¹⁸; y si el primero dejó constancia en diversos escritos (todos personales y solo publicados en los últimos años) de su lamentable situación profesional, el segundo pudo vivir la crisis yugoslava, siendo “obligado” por el Partido a romper sus relaciones con el Gobierno de Giral justificando su renuncia en que el gobierno del exilio había –en su opinión– apoyado la política “antisoviética” de Tito. Y a partir de ahí, ambos se convirtieron en juguetes rotos sin mayor impacto o proyección. Pese a todo, el papel político jugado por cada uno en el interior del PCE fue claramente diferente: mientras que Sánchez Arcas participó e intervino en los Plenos del Comité Central de los años 1956, 1957, 1958, 1961, 1963 y 1965 (que interviniera en el Pleno entiendo es dato más que significativo, dadas las contadas intervenciones que se produjeron en cada uno de aquellos congresos) informando además, en correspondencia que mantuviera con Claudín, sobre las visitas a Polonia de jóvenes arquitectos españoles, destacando en este sentido sus comentarios sobre Ricardo Bofill (quien visitaría Polonia sin visado [Fig. 11]) y, poco más tarde, sobre Antonio Perpiñá [Fig. 12]. Lacasa, por el contrario, tendría una breve intervención en el Pleno del mismo CC en 1956 y más tarde, en 1963, limitando su papel a ser informador sobre los sucesos que viviera en China, bien a ser mero firmante en cartas contrarias a las posiciones políticas de Semprún y Claudín¹⁹.

Fuera de fabulas o mitos heroicos (como señalar que Sánchez Arcas fue autor de la reconstrucción de Varsovia, imposible por cuanto en aquellos momentos era embajador de la República y difi-

18 Los largos informes (cuatro folios mecanografiados cada uno, a un espacio) sobre las conversaciones que Sánchez Arcas mantuviera con Bofill y, dos años más tarde, con Perpiñá son documentos singulares que reflejan cuál era el desconocimiento que tenía el exilio de la realidad española. Archivo Histórico del PCE, Biblioteca Universitaria Marqués de Valdecilla, Sección “Dirigentes”, carpeta 32/19, sobre Manuel Sánchez Arcas.

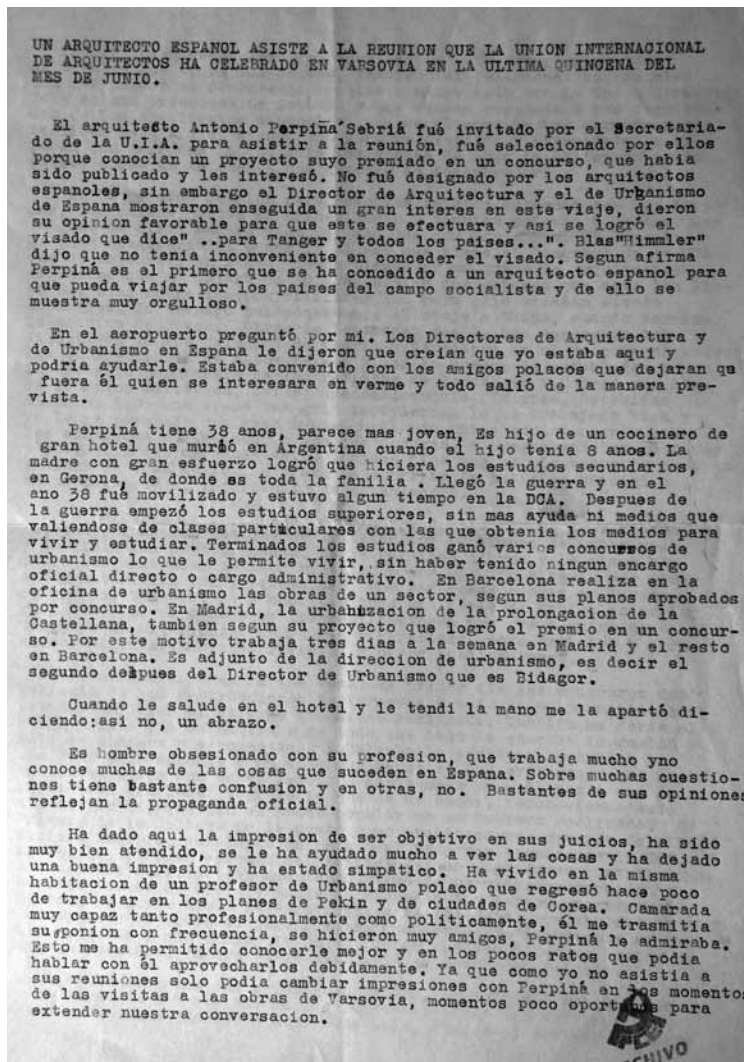
19 Archivo Histórico del PCE, Biblioteca Universitaria Marqués de Valdecilla, Sección “Emigración Política”, carpeta 1/1-2, sobre Luis Lacasa. Sorprendentemente, apenas hay noticias sobre el mismo y solo en 1964 se hace referencia (poco antes de morir) a su estado de salud. Ver en la misma sección, jacq.1/97.



[Fig. 11] Informe de Sánchez Arcas a Santiago Álvarez sobre la visita de Ricardo Bofill a Berlín (DDR), 1959. Archivo PCE.

ilmente podía desempeñar ambas funciones) la verdad es que este –tras haber dimitido como embajador– siguió residiendo unos meses en Varsovia, trasladándose luego a la DDR sin que nada sepamos de su vida profesional y verdad también es que Lacasa, luego de haber desempeñado durante seis años el nada brillante papel –quiere decir, para un arquitecto con su pasado y su experiencia– de responsable en Pekín de las ediciones en leguas extranjeras, retornaba a Moscú, añorando de manera clara no solo su vuelta a España sino a un tipo de vida diferente al que le ofrecía la sociedad moscovita.

Lacasa y Sánchez Arcas, pese a sus diferencias profesionales (nunca antagónicas, pero sí evidentes) compartieron en los años



[Fig. 12] Informe de Sánchez Arcas sobre la visita de Antonio Perpiñá a Varsovia, 1958. Archivo PCE.

finales de su vía una misma suerte: porque olvidando que tanto uno como otro habían sido protagonistas más que brillantes de la arquitectura madrileña del primer tercio del siglo fueron convertidos –no solo durante el periodo estalinista, sino mucho más allá, por cuanto que era fácil ver paja en ojo ajeno pero difícil ver viga en el propio, y me refiero a la política del PCE tras 1956– en funcionarios de partido, maltratados tanto el uno como el otro por el desprecio intelectual de quienes nunca se preocuparon por entender habían representado, diluyéndose ambos en el olvido y sin que profesionalmente nadie les reclamara.

BIBLIOGRAFÍA

- AVILÉS FARRÉ, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles*, Madrid: Biblioteca Nueva-UNED, 1999.
- CIECHANOWSKI, Jan Stanislaw, “Las relaciones entre la Polonia comunista y la República española en el exilio. Razones políticas de la misión de Manuel Sánchez Arcas en Varsovia (1946-1950)”, *Ayer*, nº67, 2007.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona: Planeta, 1999.
- ELPÁTIEVSKY, Andrey, “La Emigración española en la URSS. Historiografía y fuentes, intento de interpretación” [[http://www.exterior21.org/publicaciones/08%20Yelpatievski%20FINAL .pdf](http://www.exterior21.org/publicaciones/08%20Yelpatievski%20FINAL.pdf)].
- EIROA, Matilde, “Republicanos en el Centro-Este de Europa: los intentos de normalización institucional”, *Cuadernos Republicanos*, nº54, 2004.
- GARRIDO CABALLERO, Magdalena, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*, Murcia: Universidad de Murcia, 2006.
- LACASA, Luis, “Le Corbusier, o Américo Vespucio”, *El Sol*, 26 julio 1928, p.8.
- LACASA, Luis, “Europa y América: bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura”, *Arquitectura*, enero 1929.
- PETHO, Szilvia, “El exilio de comunistas españoles en los países socialistas de Europa centro-oriental (1946-1955)” (disertación de PhD), Universidad de Szeged, Facultad de Filosofía y Letras, Escuela de Doctorado en Historia, 2008.
- SAMBRICIO, Carlos, “Introducción al estudio de Luis Lacasa”, en *Luis Lacasa. Escritos 1918-1936*, Madrid: COAM, 1976, pp.7-74.
- SAN ROMÁN SEVILLANO, Antonio, *Los amigos de la Unión Soviética (AUS): Propaganda política en España (1933-1938)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994.
- VANNI, Ettore, *Yo, comunista en Rusia*, Barcelona: Destino, 1950.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Pasionaria y los siete enanitos*, Barcelona: Planeta, 1995.